





Michael Kimmel

HOMBRES (BLANCOS) CABREADOS
La masculinidad al final de una era

Traducción de
Daniel Esteban Sanzol



BARLIN LIBROS
PENSAMIENTO AL MARGEN

Primera edición: Noviembre 2019

Título original:

Angry White Men. American Masculinity at the End of an Era

Angry White Men © 2013 by Michael Kimmel

© de la traducción, 2019

Daniel Esteban Sanzol

© de la cubierta, 2019

Irene Bofill

© de esta edición, 2019

BARLIN LIBROS

Avda. Balears 61, 4º, 20 | 46023 (València)

editorial@barlinlibros.org

www.barlinlibros.org

&

Institució Alfons el Magnànim-Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació

C/ Corona, 36 | 46003 (València)

contacte@alfonselmagnanim.com

www.alfonselmagnanim.net

Dirección editorial:

Alberto Haller

BIC: JF

ISBN Barlin Libros: 978-84-120228-4-1

ISBN Alfons el Magnànim: 978-84-7822-833-1

Depósito legal: V-3061-2019

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares del copyright, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com 91 308 63 30 / 93 272 04 45. licencias@cedro.org)

TABLA

PREFACIO

13

INTRODUCCIÓN

25

La América cabreada, 25 | Prólogo, 25 | Conociendo al Hombre Blanco Cabreado de América, 28 | Comprender la rabia americana, 33 | ¿Resentido Kimmel blanco? Mi posición a lo largo de este libro, 38 | Comprender el rencor del hombre blanco, 41 | De la congoja al terror, 49 | El talante político del derecho agraviado, 53 | Acerca de este libro, 58 | Sobre la estructura de este libro, 61

CAPÍTULO 1

65

Fabricantes de ira. La base cultural del derecho agraviado, 65 | La radio del resentimiento, 73 | Un vistazo al pasado: la historia del Hombre Blanco Cabreado en América, 86 | Patrullas fronterizas, 95 | El Hombre Blanco Cabreado en las películas, 103 | Mujer blanca cabreada, 107

CAPÍTULO 2

115

Chicos blancos cabreados, 115 | Un retrato de los tiradores, 125 | Andy Williams «les calla la boca», 134 | El derecho agraviado de Seung-Hui Cho, 137 | Perfilando las escuelas, 141 | De vuelta a Hokie Nation, 150

CAPÍTULO 3

155

El hombre blanco como víctima. El movimiento por los derechos masculinos, 155 | ¿De dónde viene el movimiento por los derechos masculinos?, 160 | Los hombristas hoy, 174 | En busca de los estudios del hombre, 192 | Por qué el hombrismo se equivooca (con motivos correctos), 203

CAPÍTULO 4

205

Padres blancos cabreados, 205 | Papis cabreados, 207 | Cambios en la vida de los padres, 211 | De la angustia a la ira, 221 | La política del movimiento hombrista, 226 | Equiparar derechos y deberes, 232 | Derechos abstractos, relaciones concretas, 235 | El galimatías entre custodia y violencia, 239 | ¿Dónde tiene razón el movimiento pro derechos paternos?, 248

CAPÍTULO 5

255

La mujer en el punto de mira, 255 | Sodinis cotidianos, 261 | Violencia reparadora, 266 | ¿Por qué las mujeres?, 270 | Una educación asentimental, 279 | La asimetría de género en la violencia doméstica, 284 | Algunas variaciones, 291 | Confundir la ira con la responsabilidad, 293

CAPÍTULO 6

299

Energúmenos. La(s) furia(s) del obrero americano, 299 | Energúmenos, 305 | La lógica del pistolero enfadado, 310 | Descargar la rabia contra uno mismo, 316 | Congoja y desesperanza, 323 | Una isla de fantasía, 326

CAPÍTULO 7

337

La facción blanca, 337 | El auge de la extrema derecha, 340 | Los supremacistas blancos en la América de Obama, 345 | Entre neonazis, 352 | ¿Quiénes son?, 356 | El origen clasista de la política racial, 360 | En la cuerda floja del capitalismo patriota, 371 | La castración del hombre blanco estadounidense, 376 | El fraude de la virilidad «ajena», 379 | Recobrar la hombría, restaurar la blancura, rescatar a América, 388 | Lo bueno de ser blancos, 393

EPÍLOGO

397

HOMBRES (BLANCOS) CABREADOS

La masculinidad al final de una era

PREFACIO

El nombre de Donald Trump no aparece en el glosario de este *Angry White Men*.¹ Ni tampoco, dicho sea de paso, en ningún otro lugar de este trabajo. El presente libro no trata sobre Donald Trump: trata sobre sus seguidores.

Durante las entrevistas que mantuve con los hombres blancos cuyo relato forma el núcleo de mi investigación, desgrané una impresión común a todos ellos; un sentimiento. Afirmaban sentirse apartados por los listillos de Washington, ignorados por burócratas sin alma y hechos trizas por otra marabunta que amenazaba su acceso, hasta entonces irrestricto, al sueño americano. El suyo era un relato de marginación, de tipos —en palabras de uno de ellos— «tirados a la cuneta por las élites de Washington». Visto así, *Angry White Men* es un libro sobre los adeptos a Trump. Personas que aguardaban la aparición de su líder... aunque por aquel entonces ellos —ni yo— lo sabíamos.

Al igual que a muchos americanos, la victoria de Trump me pilló desprevenido. Subestimé la profunda ira de muchos hombres blancos estadounidenses y hasta qué punto esta podía tocar la fibra de otras muchas personas. Incluidas un montón de mujeres blancas cabreadas. No aprecié lo mucho que un aluvión constante de gestos y afirmaciones capaces de desacreditar a

¹ Título original del libro en su versión inglesa [N. del T.]

cualquiera de un plumazo —sentencias antimigratorias, confesiones de agresión sexual, afirmaciones racistas sobre los latinos, frases de un racismo velado sobre los afroamericanos— no habían hecho la más mínima mella en el atractivo de Trump sino, más bien, habían servido para confirmar a sus votantes que aquel tipo compartía su dolor.

La victoria de Trump ratifica la tesis de este libro: que la ira del hombre blanco brota de la potente fusión de dos sentimientos: la superioridad y el victimismo. La indignación legítima, el populismo antiWashington, se nutren de lo que denomino un sentimiento de «agravio comparativo»: la sensación de que aquellas ventajas a las que creías tener derecho te han sido arrebatadas por parte de fuerzas anónimas más amplias y poderosas. Te sientes heredero de una grandiosa promesa, el sueño americano, que ha mutado en una fantasía imposible para las mismas personas que *debían* heredarla.

Mis encuentros con hombres como estos, en los que escuché cómo su angustia y desesperación se tornaba en ira legítima ante su declive social en el seno de un país que encontraban cada día más irreconocible, me inspiraron empatía. Tenían razón: habían perdido algo. A su modo de ver, habían perdido palabras que tenían sentido para ellos: honor, rectitud, integridad. Habían perdido su autonomía, el sentido de sí mismos como «alguien». Y, tal como me decían, habían perdido su propia percepción en cuanto «hombres». Como hombres de verdad. Hombres que habían levantado el país y que, a su modo de ver, lo encarnaban.

El hilo conductor que atraviesa muchos capítulos del libro es, en el fondo, dicha noción de agravio comparativo. Poco importa si hablamos de los militantes proderechos masculinos que acusan a las feministas de haber dado la vuelta a la escala de la justicia social; de aquellos hombres que culpan a ligues fracasados de ser arpías sacacuartos y que les inspiran deseos sanguinarios; o, incluso, de los adeptos a la extrema derecha: todos ellos son presa de la ira por no estar obteniendo lo que sienten merecer. Y, en todos los casos, se trata de hombres que sienten que les han arrebatado algo importante.

Con el presente libro no pretendo poner en la picota tal sentimiento de agravio, ni tampoco intento convencer a estos hombres de que se sienten en cierto modo «equivocados». Decir a alguien que sus sentimientos son erróneos es un asunto delicado. Sus sentimientos son *reales*. No son algo que se esfume de un plumazo. Pero, al mismo tiempo, sus sentimientos podrían no ser *correctos*. Es decir, tal vez no ofrecen una descripción acertada de su situación. Visto así, yo bien podría sentir, de acuerdo con mis impresiones, que la Tierra es plana. Esta es mi experiencia. Simplemente, esta no parece una base sensata si pretendo desarrollar tecnología de navegación. En el caso de los hombres blancos cabreados, debemos comprender sus sentimientos y, tal vez, ofrecerles una comprensión alternativa de su situación.

En este sentido, no se trata tanto de que sean blancos o varones, sino de que están cabreados. Este es su marco emocional. Un contexto en el que cualquier evaluación de méritos se derrumba ante el embate de una cascada de ira y prepotencia. Los hombres con quienes hablé durante la preparación de este trabajo no compartían una postura política, una visión del mundo o un análisis. Compartían sentimientos.

El populismo no reposa en una teoría, ni en una ideología: se trata de una emoción. Y esa emoción consiste en la rabia justificada hacia un gobierno que «nos» está jodiendo. Han existido populismos de izquierdas —el anarquismo español— y de derechas —el fascismo italiano—, así como en 2016 cobraron forma dos movimientos populistas en los EE.UU.: el izquierdista de Bernie Sanders y el de derechas ligado a Donald Trump. Y por improbable que fuera que aquel adalid del populismo de izquierdas —un judío socialista de 76 años— se acercara lo más mínimo a la Casa Blanca en las últimas elecciones, lo cierto es que su movimiento provocó un tsunami de rabia e indignación.

En su último libro, *Extraños en su propia tierra*, la socióloga Arlie Hochschild describe estas emociones por medio de una cruda imagen, aplicable sobre todo al caso de las políticas migratorias. Imagina que te encuentras haciendo cola. Llevas horas

esperando de pie, pacientemente. Y, de repente, un montón de personas desconocidas llegan y se te cuelan delante. «¡Oye —protestas—, yo estoy aquí esperando como todo el mundo! ¡Ponte a la cola!». De inmediato, asoman unos cuantos políticos y te mandan callar. Históricamente, a todas esas personas —te dicen— se les ha impedido ponerse a la cola, así que ahora les corresponde colarse. Así es como se sienten estos tipos.

Sin duda, su sentir es auténtico. Ahora bien, ¿su lectura de los hechos es correcta? No tanto. Al fin y al cabo, los Estados donde Trump cosechó sus victorias más abultadas —e incluso los condados en los que ganó de calle— son los mismos Estados y condados que presentan los índices más bajos de inmigración del país. Por el contrario, los puntos del país que han experimentado una mayor subida en el volumen de migrantes son los que más les han abierto los brazos.

El mundo que vio medrar al hombre blanco entre promesas de que encontraría su lugar en la escala económica por su cara bonita está a punto de pasar a la historia. Sí, es verdad que se puso a la cola, que respetó las reglas del juego y pagó sus impuestos. Este es el ideal del sueño americano, el ideal de la meritocracia. Pero dicho ideal omite que, durante generaciones, la partida ha estado amañada. Así, cualquier acercamiento a la igualdad les parece una derrota catastrófica.

Ha sido la clase media baja, en pleno declive social, quien más se ha identificado con el sueño americano. Se trata de auténticos creyentes. Tal como lo expresan, trabajar duro, acatar las reglas y pagar los impuestos es más que suficiente para gozar —como sus padres, y antes de ellos sus abuelos— de un hogar y cuidar de su familia. (En el fondo, les bastaba con asomar la cabeza, pues jugaban la partida con cartas trucadas). Sin embargo, como descubrí durante mis entrevistas con muchos de estos hombres, la llegada de empresas como Walmart había convertido su sueño en una pesadilla de subcontratas, despidos, recortes o cierres de fábricas, granjas y tiendas familiares de toda la vida. Estos hombres creen que los perciben como fracasados. Se sienten humillados, y esa humillación es la fuente de su ira.

Se trata de una humillación con una profunda marca de género, pues cuando estos hombres aseguran que desean cuidar de su familia, pretenden hacerlo *por sí solos*. Los integrantes de las clases media baja y trabajadora son los últimos tíos de la historia que creen que, ellos solitos, deben sacar adelante a su familia y que sus esposas «no deberían tener la obligación de trabajar». Como ocurriera con sus madres y abuelas, las mujeres deberían quedar «exentas» del mundo laboral. El rasgo más visceral de la masculinidad estadounidense ha sido siempre la de percibirse como aquel «que gana el pan para los suyos».

Pero esto es algo que ya no pueden hacer. Hace apenas una generación, en 1974, el promedio de ingresos —medido en dólares de 2014— para una familia estadounidense de cuatro miembros ascendía a 48 497 \$. Cuarenta años después, en 2014, esta cifra era de 53 057 \$. Unos 5 000 \$ más. ¿Y cuál es la diferencia entre esa familia de cuatro en 1974 y en 2014? Que ahora la madre trabaja.

Como es obvio, las mujeres siempre han trabajado. Pero estamos hablando de ideología, no de historia. Y esto es algo que permite explicar por qué tantas mujeres han acabado votando a Trump. La razón es que muchas de ellas no votaron en cuanto «mujeres», sino en cuanto «madres»: madres trabajadoras que preferirían no tener que trabajar. También ellas eran devotas creyentes y pensaban que su papel consistía en ocuparse del hogar y criar a los hijos. Hace unos años, cuando tuve ocasión de entrevistar a algunas mujeres cercanas al Tea Party, muchas de ellas me transmitieron que querían que sus maridos fueran el cabeza de familia tradicional, capaz de sacar adelante a los suyos. Pretendían vivir como en una *sitcom* de mediados de los años 50; una era más sencilla, previa a tanto apocalipsis zombi y juego de tronos.

Que muchas mujeres trabajadoras de zonas suburbanas se inclinen por hombres que banalizan el acoso sexual y que tanto desprecio sienten por las féminas, sugiere lo atractiva que resulta, todavía hoy, aquella fantasía del «Papá sabe lo que se hace» propia de una era ya caduca.

La sociología científica recurre a menudo a la teoría de «privación relativa» para explicar las revoluciones. Rara vez son los pobres de condición, aquellos que ocupan el escalafón más bajo de nuestra sociedad, quienes se rebelan, sino aquellos que todavía tienen algo que perder. Los campesinos de nivel medio en el caso de México, Francia, China, Cuba, Rusia. Los artesanos, los pequeños granjeros y ganaderos autónomos, o los obreros altamente cualificados en la Rusia siglo xx, la Inglaterra del siglo xvii o las colonias americanas. La privación relativa describe el modo en que estos grupos miran hacia arriba; hacia aquellos sectores emplazados por encima de ellos en la escala social, y lo conscientes que son de que un sistema anquilosado constituye un obstáculo permanente para su deseo de ascender o de hacer realidad esos sueños. En este sentido, las revoluciones serían soñadoras, optimistas. Desean progresar, pero no les dejan.

Los hombres blancos cabreados con quienes me encontré durante la preparación de este libro experimentan la misma privación relativa, solo que, en lugar de mirar hacia arriba y posar la mirada en los peldaños que les queda por subir, miran siempre hacia abajo, hacia aquellos situados en un peldaño inferior, con respecto a los cuales el hombre blanco siempre se ha sentido —y le han enseñado a sentirse— superior. No es tanto que su vía de progreso se encuentre bloqueada, sino que la presión ascendente que les llega desde abajo los está empujando hacia los peldaños de la marginación. Así, «ellos» se merecen quedarse allí abajo, pero no así «nosotros». Su indignación resulta, pues, nostálgica, pesimista, reaccionaria. Tan solo intentan evitar la caída.

Fijémonos, si no, en sus palabras. «Devolvamos a América su grandeza. Recuperemos nuestro país». Y cuando se expresan acerca de la masculinidad —o, más en general, acerca de su propia identidad—, aluden a cuanto deben «recobrar», «reivindicar» o «restaurar».

¿Qué hacemos, pues, con todo ello?

Tal vez debamos, ante todo, echar la vista atrás. A finales del siglo xix, un movimiento popular proliferaría al Medioeste y sur

del país, en zonas que hoy llamamos «Estados rojos». Alimentado por la indignación rural ante el cierre de muchas granjas por culpa de unos bancos insensibles, o ante el modo en que banqueros y carreteras destruían el paisaje estadounidense, cuyo centro dejaban de ocupar las pequeñas poblaciones, este populismo a punto estuvo de alcanzar la presidencia en 1896. Sin embargo, su incapacidad para hacer causa común con los trabajadores urbanos fragmentaría el movimiento y sumiría a uno de sus líderes, Thomas Watson, en una espiral de nativismo racista, anticatólico y antisemita. Tan solo el Partido Agrícola de Minnesota trataría de salvar esta brecha.

Hoy el voto de esos granjeros y peones es, invariablemente, más rojo que un camión de bomberos. Pero, aunque la población rural resulte inalcanzable, los trabajadores blancos del Cinturón de Óxido aún podrían volver a sus cabales —siempre y cuando se atiendan sus apuros económicos sin condescendencia—. Pocos se acuerdan hoy de que una de las primeras propuestas del presidente Obama —tumbada de inmediato por los obstruccionistas republicanos— consistió en conceder la gratuidad de la matrícula en los centros de formación profesional, con el fin de ayudar a estos tipos a formarse en el tipo de empleos que van a imperar en la economía del siglo XXI.

Los populismos de derechas siempre fracasan. El anhelo nostálgico de un Edén perdido no basta para recuperar aquello que se ha ido para siempre. Por su parte, los populismos de izquierdas suelen ir demasiado lejos, al barrer en su totalidad los regímenes que les precedieron, a menudo no sin cierta violencia catastrófica. Pero pueden triunfar, pues miran hacia el futuro.

Y el futuro ya está aquí. La tendencia demográfica que se encuentra en marcha no se va a detener. 2042 permanece en el horizonte como el año en que nuestro país pasará a convertirse en una minoría mayoritaria. La generación que hará de Estados Unidos una mayoría no blanca ya ha nacido. Aquí, en América. Y no piensan moverse a ningún lado. Son de aquí. Son nuestros. Son nosotros mismos.

El subtítulo que encabeza este libro es «la masculinidad estadounidense en el fin de una era». Cuando lo escribí, predije que las legiones de hombres blancos cabreados no tardarían en acusar su declive, a pesar de que fueran volviéndose cada vez más locuaces... en Internet. No me esperaba esta resistencia por su parte, esta vuelta al ruedo a modo de despedida. Subestimé los sentimientos de sus esposas, para quienes el acuerdo patriarcal tradicional —él es quien trabaja y mantiene a su familia, mientras ella se queda en casa y se ocupa de criar a los hijos— seguía siendo un deseo, si no una apuesta segura.

El final de esa era de superioridad asumida todavía va a hacerse de rogar. Sin embargo, el péndulo de la historia —y el desbordante impulso demográfico— siguen apuntando en el sentido de una mayor justicia. Simplemente, van a tardar un poco más de tiempo, y nos veremos obligados a luchar con algo más de ahínco por proteger a quienes son ahora más vulnerables.

Los hombres blancos cabreados se sienten dolidos, indignados y perplejos. Y están en su derecho a cabrearse. Les han fastidiado de lo lindo. Qué narices, hasta yo mismo me indigno. Sin embargo, en las incontables entrevistas que he llevado a cabo desde las últimas elecciones he planteado siempre las mismas preguntas: ¿fueron los inmigrantes quienes les concedieron esos préstamos rapaces por los que acabaron perdiendo sus hogares? ¿Fueron las feministas quienes subcontractaron sus empleos y firmaron acuerdos que eximían a los millonarios del pago de impuestos? ¿Tuvo la culpa el colectivo LGTB de embarcarnos en ruinosos acuerdos comerciales?

Desde luego que no. Los hombres blancos cabreados de Estados Unidos tienen todo el derecho a indignarse, pero están enviando sus airadas cartas a la dirección equivocada. Hoy, ese correo consiste en una carta bomba, y será necesario el país al completo para desactivarla.

Angry White Men se cierra recordando el discurso pronunciado en 1932 por el presidente Franklin Roosevelt en el que presentaba el *New Deal*. En él, hacía referencia al «hombre olvidado»

que estaba sufriendo las consecuencias de la Gran Depresión, que le llevaba a perder su granja, su sustento y su rumbo. Hoy, Donald Trump emplea la misma expresión y hace referencia a ese mismo hombre olvidado. Roosevelt prometía «construir de abajo a arriba y no de arriba a abajo», lo que suponía promover un dispendio colosal por parte del gobierno que permitiera reintegrar a la gente en sus empleos. Trump, por el contrario, ofrece las mismas políticas de goteo que sirvieron para enriquecer a los menos y empobrecer a la mayoría.

Mucho después de las triquiñuelas propias de las políticas económicas de Trump y de que su hipnosis masiva haya llevado a muchos a creer que desoír las normas medioambientales e imponer draconianas políticas migratorias devolverá de algún modo la gloria a nuestro país, seguimos teniendo por delante un futuro por construir. Y sigo creyendo que un gran número de hombres blancos se arremangará la camisa y, una vez más, arrimarán sus enormes hombros para ayudar a sus vecinos.

Michael Kimmel
Diciembre de 2016

AGRADECIMIENTOS

El presente libro, al igual que el conjunto de mi trabajo, forma parte de un diálogo entre compañeros, amigos, aliados y rivales que me ha obligado a depurar, alterar, pulir y dejar de lado algunos de mis argumentos. Convencido de que sabrán reconocer qué lugar les corresponde en este espectro de afectos, me alegra poder expresar aquí mi agradecimiento para con Harry Brod, Richard Collier, Martin Duberman, Warren Farrell, Debra Gimlin, Donald Huber, Jackson Katz, Mike Messner, Rob Okun y Sophie Spieler. Me siento asimismo agradecido hacia Lillian Rubin y Michael Kaufman, por debatirlo todo conmigo, por leer cada una de mis palabras, por permitirme ser honesto y empujarme hacia destinos para mí inesperados. Aunque ninguno de ellos suscriba todo cuanto he escrito, confío en que mis argumentos les parezcan sinceros y honrados.

Mi agente, Gail Ross, y mi editora en Nation Books, Ruth Baldwin, me han brindado un apoyo fantástico y han sabido ofrecerme la dosis exacta de respaldo y de crítica, conscientes en todo momento de cuándo insistir y cuándo dar un paso atrás.

Quisiera dar las gracias, además, a Bethany Coston, Randi Fishman, Charles Knight y Grace Mattingly por haberme ayudado durante mi investigación.

Siento una eterna gratitud hacia mis allegados y amigos, quienes nunca parecen cansados de hablar sobre neonazis, matanzas escolares con armas de fuego, Rush Limbaugh o gente de derechas antifeminista —o, si se cansan de ello, les agradezco lo bien que saben disimularlo—. Mitchell y Pam, Shanny y Cliff, Marty y Eli, Mary y Larry: gracias por todos estos años.

Pero si algo me permite ahondar en cuestiones que despiertan en mí tanta rabia, tristeza e impotencia, es la estabilidad y sen-

satez que me aporta mi vida privada. En ocasiones, me siento en unas escenas que muestran las películas digitalizadas, donde, en medio de una calle ajetreada, me muevo despacio y con circunspección mientras todo el mundo se cruza en mi camino en un frenesí a cámara rápida. Amy y Zachary son mi anclaje, mi punto de apoyo, el origen de coordenadas que me permiten moverme. No puedo quererlos más, ni estarles más agradecido. Este libro les pertenece.

INTRODUCCIÓN

LA AMÉRICA CABREADA

«¿Qué ha sido del país que amaba al indefenso y daba la cara por el desvalido? ¿Qué ha pasado con la voz del hombre olvidado? Ese hombre olvidado eres tú».

GLENN BECK, introducción del programa
Glenn Beck Special (13 de marzo de 2009)

PRÓLOGO

«¿Qué se le habrá perdido a un judío acomodado de Brooklyn en un lugar como este?», me pregunto mientras me deslizo en mi asiento del *diner* de carretera. He dejado, a la altura de Chambersburg, Pensilvania, la carretera interestatal 81 que recorre el tramo sur de la frontera con el estado de Maryland, muy cerca de la línea Mason-Dixon. Me he citado aquí con «Rick», un padre de tres hijos originario de Shippensburg de treinta y dos años de edad. Nos conocimos ayer y le propuse que almorzara conmigo en el *diner* para poder entrevistarle.

Había conducido hasta Shippensburg para asistir a una feria de armas organizada, como otras muchas hoy en día, en el poli-

deportivo del instituto local —las escuelas alquilan sus instalaciones a comerciantes locales para recaudar fondos complementarios—. Nada más entrar en la feria, me topo con una mesa repleta de literatura: folletos publicitarios sobre tiendas de armas y de suministros militares o navales, un par de catálogos con equipos de supervivencia y unos cuantos panfletos de grupos patrióticos, organizaciones antinmigración e incluso una fotocopia informativa acerca de David Duke y «el Ku Klux Klan en la actualidad» (KKK). «¡El gobierno te arrebató tus derechos!», reza uno de los pasquines.

Tras la mesa está Rick, hablando con otros cuantos tíos. «¿Es tuyo esto?», pregunto, folleto en mano. Los tipos se giran y me miran. Ninguno de ellos tiene un aspecto particularmente hostil, aunque tampoco parecen muy amistoso que digamos. Algo como: «¿Te conozco de algo?» o «¿Tú no eres de por aquí, verdad?».

«Soy escritor. Me encuentro de viaje debido a una investigación y me gustaría charlar con vosotros.»

Me escrutan con suspicacia. Soy bajito y entrado en años, tengo entradas, aspecto «étnico» y llevo una camisa con el cuello abotonado. «¿Y de qué escribes?», «¿Tú quién pollas eres?», «¿Eres judío?», «¿Cómo te has enterado de esto?».

«Un momento —les digo—. Dejad que os responda a todo. Sí, soy judío. Soy profesor de sociología en Nueva York. Estoy escribiendo un libro sobre lo que les está pasando en nuestro país a los tíos blancos como vosotros. Es un tema que me tiene muy preocupado».

«¡Nuestro amigo está muy preocupado!», se burla uno de ellos. «Somos nosotros quienes lo padecemos. A nosotros sí que nos preocupa».

«Me interesa vuestra opinión, de verdad. Trato de pillarla. Con todos los cambios económicos que atraviesa nuestro país, unidos a los cambios sociales, procuro entender lo que os está ocurriendo a tíos como vosotros. Tíos como Joe el fontanero —les digo, por citar un nombre que, tras las elecciones de 2008, resulta

hoy familiar a cualquier americano—. (Chambersburg se encuentra emplazada en el vasto corredor industrial que enlaza Chicago con Harrisburg, y que atraviesa Gary, Toledo, Akron, Cleveland o Pittsburgh, pero también Holland, Ohio, de donde viene, en realidad, Joe Wurzelbacher).

«¡Me parto!», suelta uno. «¡Ponte a buscar curro de fontanero por aquí cerca! No vas a encontrar un puñetero trabajo. Si acaso, cajera en un Walmart».

«Eso es lo que trato de entender», le digo. «Quiero saber cómo ha cambiado América y hacia dónde vamos».

«Déjame que te lo diga. —responde el tipo que, más tarde, se presentará con el nombre de Rick.— Vamos como la mierda: sumidero abajo. Así de claro. En fin, mira a tu alrededor: ilegales por todas partes, Wall Street dando por culo. Y, para colmo, tenemos un maldito... —se contiene, tenso, y tuerce el morro. Deja volar un segundo, durante el que me escruta, tanteando el terreno— Mira, que le den. Me la suda si no es políticamente correcto. Tenemos un maldito negro en la Casa Blanca. Estamos bien jodidos. A nadie le importamos ya un cojón. Se acabó lo que se daba».

«¡Eso es justo lo que quiero escribir! —replico— Dejad que os escuche. De verdad. No os voy a dar la razón, pero bueno, mi papel no es ese. No estoy aquí para venderos ningún programa progre ni liberal. Mi trabajo consiste en comprender cómo veis vosotros todo esto. Prometo escucharos. ¿Estaríais dispuestos a hablar conmigo? —le digo, ya directamente, a Rick.

Sus colegas se le quedan mirando. «Anda, Rick, habla con el menda». «Mis cojones, me voy a poner yo a hablar con un judío». «Venga, Rick, dale el gusto al chaval».

Rick, parece que alentado a ello por sus colegas, accede por fin a almorzar conmigo al día siguiente.

Llega puntual —Yo he llegado con media hora de antelación y he aparcado mi coche a unas cuantas manzanas de allí—. Se acomoda en el banco frente a mí. Lleva una gorra de los Pittsburgh

Pirates algo sobada, una camisa de franela, abierta para enseñar la bandera confederada de su camiseta —«Me he puesto esta joyita pensando en ti», dice, y se ríe de su propia broma—, vaqueros y botas de trabajo. No se ha afeitado. En realidad, yo tampoco.

Pide su almuerzo. Le traen su café. Lo toma con leche y dos, no, tres de azúcar. Saco mi diminuta grabadora portátil.

«No me jodas. —suelta— ¿Eres federal? No tenemos nada que hablar».

«Qué dices, para nada —le digo—. Saco la cartera y le enseño mi carné de la universidad. Aparto la grabadora. Nos ponemos a hablar».

CONOCIENDO AL HOMBRE BLANCO CABREADO DE AMÉRICA

Rick es uno de los hombres que vais a conocer en este libro: hombres que se sienten maltratados y traicionados por el país al que aman, repudiados como bazofia en las cunetas de la autopista informativa. Suyas son las manos que levantaron este país. Y suya, la sangre derramada para defenderlo. Sin embargo, sienten que ahora nadie les escucha: todo dios se ha olvidado de ellos. En el gran mosaico de la nueva América cosmopolita, son ese fondo blanco desabrido en el que nadie repara; ese pan de molde en un mundo de *bagels*, tortillas, wontones y bollitos de marca, integrales y ecológicos. Viajan cuesta abajo en la escala social, relegados con desdén por unos mandamases y burócratas tan trepas como charlatanes. Y están hasta los cojones.

Hoy se topa uno con ellos casi por doquier —si bien suelen pasarnos desapercibidos—. Patrullan la frontera meridional de Estados Unidos, resueltos a impedir la entrada de los emigrantes mexicanos. Sintonizan con pérfidos locutores de tertulias radiofónicas que transforman su angustia económica, sus tribulaciones y su confusión política en una rabia ciega. Se lanzan a los mítines populistas del Tea Party en busca de paisanos de su mis-

ma onda con los que unirse para darle un vuelco al país. Los hay que incluso se alzan en armas contra su propio país, construyen enclaves semindependientes o vuelan por los aires edificios federales. Y, por supuesto, cuando se sienten amenazados por fuerzas externas, improvisan su mirada más gélida a lo Harry el Sucio y te espetan: «Alégrame el día».

Ellos son quienes se te pegan al culo en las carreteras del extrarradio, gritando con inquina a quien ose retrasarlos. Si a su hijo no lo cogen en el equipo de fútbol del barrio o el de hockey del centro, ellos son quienes invaden el campo y sacuden al entrenador, o cogen al árbitro por el cuello —si es que no se pelean con algún otro padre igual de enfurecido—. Ellos son quienes bufan de rabia contra sus ex mujeres (y sus abogados) ante el juez de familia. Algo más arriba en la escala económica, son esos tipos sentados al fondo durante unas jornadas de «formación sobre diversidad» que los sacan de quicio, que rezongan por «tener que andar con pies de plomo» por la oficina o que se pican cada vez que la empresa contrata a una mujer o a un miembro de alguna minoría, ya que, sostienen, la equiparación de derechos no es más que una forma de discriminación inversa contra el hombre blanco. Todo ello mientras algunos de sus hijos adolescentes merodean de noche con su panda de colegas por estaciones suburbanas en busca de algún inmigrante u homosexual al que dar una paliza —a veces, de muerte—.

Ellos son el hombre blanco cabreado de América. De hecho, cabría decir que son, sencillamente, el hombre blanco americano —tan solo resulta que su cabreo no tiene parangón en nuestra historia reciente—. Los periodistas señalan con celo el abaratamiento de la compasión y el auge de un individualismo desmedido, mientras los entendidos lamentan la ausencia de civismo en el discurso político, no sin ponerse a parir mutuamente desde lo alto de las listas de ventas. «¡Fulanito es un tonto de baba!», «¡Menganito miente más que habla!» No falta quien considera la atmósfera política que reina hoy en Washington como la más agria y emponzoñada de nuestra historia.

Las dos últimas décadas han sido escenario de una explosión sin parangón del hombre blanco estadounidense. Concitan sus filas desde las clases medias —oficinistas, comerciales por cuenta ajena— y medias bajas —trabajadores cualificados, comerciantes, pequeños agricultores y ganaderos—. Son la rama paterna de la empresa familiar, la «mayoría silenciosa» de Richard Nixon y los «demócratas por Reagan». Ellos son «Joe tarteras», «Joe el fontanero», e incluso Joe a secas. Sienten que han cargado con el peso del mundo sobre sus espaldas y que su espinazo está a punto de doblarse. Y ahora, de repente, algunos de estos tíos corrientes están redefiniendo la revolución americana por medio del Tea Party, los Minutemen y demás organizaciones patrióticas, al tiempo que otros llegan aún más lejos y conforman milicias, se adhieren a cultos survivalistas, declaran la guerra a las «feminazis», siembran el caos en sus lugares de trabajo y promueven políticas proteccionistas y antinmigratorias.

Dedican su atención a otros hombres blancos cabreados como Rush Limbaugh, Mike Savage y toda una plétora de otros locutores radiofónicos que descargan su bilis contra cualquiera que ocupe el foco de sus miserias. Procuran desmontar las conquistas alcanzadas por mujeres y minorías en el mundo corporativo y profesional, mientras les cierran el paso hacia puestos de soldado, bombero o policía. Y mientras tanto, sus críos se afanan en destruir la galaxia con sus videojuegos, si es que no abren fuego, directamente, contra sus compañeros de clase.

Algunos de ellos explotan en el trabajo, donde «pierden los papeles», se cargan a colegas o encargados y plantan a sus jefes antes de quitarse, a menudo, la vida. ¿Habéis oído hablar de los «policidios», en los que el infractor amaga con lanzarse en busca de su arma y obliga al policía a abatirlo? Pues estos tipos cometen «masacricidios»: empeñados en morir, deciden «llevarse a unos cuantos consigo».

Y si no explotan, se muestran enfadados sin más y a la defensiva. Se parten el culo con los maridos calzonazos y pelagatos de las *sitcoms*, dedican sus chanzas a los peleles que hacen el

ridículo en programas de telerrealidad y franjas publicitarias, y se mofan de los metrosexuales emperifollados que se pavonean por los grandes centros metropolitanos y piden cócteles *cosmo* o vodka de importación. Miran con desprecio a candidatos a la presidencia, como John Kerry, que habla francés, comen queso *brie* y beben Chardonnay. Ven por todas partes gallinas amariconadas que suscriben políticas medioambientales de ámbito global, la negociación y la diplomacia en vez del unilateralismo a lo «Juan Palomo».

Abundan las revistas, emisoras de radio y programas de televisión que hacen gala de una irreverente incorrección política llena de bravuconadas y chicas en bikini dando botes sobre camisas elásticas. Estos espacios son los nuevos «clubes masculinos» —aquella sede en la que antaño se leyera «Prohibido para tías»—. Estos momentos conceden a esos hombres, que por lo demás se sienten ninguneados y «engatusados», disfrutar de un instante de superioridad.

Y pese a todo, pocos son los comentaristas que reparan en el *género* de tan cáusticas hordas. Y pocos, si no ninguno, vincula el aumento del rencor en América con el creciente abismo que existe entre mujeres y hombres. La brecha de género —en términos políticos, sociales y económicos— es hoy más grande que nunca. No son los «americanos» quienes están enfadados, sino los *hombres* americanos. De hecho, no todos los hombres americanos: los hombres americanos *blancos*. Se trata de un fenómeno tan patente, tan generalizado, que si estuviera ocurriéndole a cualquier colectivo (pongamos, por caso, a los hombres negros o a las mujeres asiáticas), hablaríamos de ello sin parar. Pero, debido precisamente a su evidencia y ubicuidad, apenas ha sido objeto serio de debate.

De todos modos, no deja de ser cierto, para ser justos desde el principio, que algunas de las personas cabreadas más notorias de América son mujeres, en especial las que acuden a los mítines del Tea Party. Y que el santo patrón del rencor americano no es ahora el ex vicepresidente Dick Cheney, burlón y despreciativo

con sus posibles opositores, sino su hija Liz y la —en apariencia— omnipresente Sarah Palin. Palin se ha convertido en una musa de almanaque para la rabia de derechas —y esto en un sentido más que metafórico—. Ella es la Betty Grable de derechas, y encarna el ideal fantasioso de miles, tal vez millones, de machotes americanos. Es vivaracha y sexy, seductora pero campechana, fuerte al tiempo que algo picarona.

Y el Tea Party, compuesto por un 59 % de hombres, representa una anomalía dentro de nuestro panorama político. Pues mientras los hombres que engrosan, de un modo abrumador, sus rencorosas filas pretenden cierta dosis de apoyo femenino dispensado entre bambalinas, el tema de su agitación, el motivo de sus movilizaciones no es sino el deseo de restaurar o recuperar cierto sentido de hombría para el que se sienten legitimados.

Y son inequívocamente blancos. El antiguo presentador del programa político de la MSNBC Keith Olbermann, llamaba al Tea Party el «partido de la gente blanca», mientras que Jon Stewart se refería al mismo como un «festival para blancos». Resulta irónico, pues la victoria de Barack Obama, el primer presidente afroamericano en la historia de los Estados Unidos, parecía sugerir que América se estaba convirtiendo en una sociedad «posracial». En lugar del pronosticado «efecto Bradley» —según el cual, aunque muchos votantes blancos confesaran a los encuestadores que darían su voto al alcalde Tom Bradley, a la hora de la verdad, encerrados en la cabina electoral, no serían capaces de apoyar a un hombre negro— tuvo lugar el «efecto Obama», por el que muchas más personas de las que indicaban las encuestas acabaron votando por Obama y congratulándose por haber superado el racismo —algo que llamaré «autocomplacencia prematura»—.

Sin embargo, la elección —y la reelección— de Obama, han dado paso, en realidad, al discurso público más encarnizadamente racista —si acaso algo maquillado detrás de fórmulas trilladas— en virtud del cual los miembros del Tea Party y otros militantes vociferan calificativos raciales a miembros electos del Congreso, mientras la mitad de dichos militantes piensan que

Obama ha usurpado la presidencia, al haber nacido fuera de los Estados Unidos. Tal vez cabría referirse a esta forma de reacción como el «efecto Bradley invertido» —como ahora nos consideramos personas posraciales, de repente los blancos nos permitimos expresar, en mucha mayor medida, un racismo profundamente arraigado. Parece como si el hecho de disponer de un blanco concreto para expresar nuestra rabia autorizara dicho racismo, ahora que podemos felicitarnos por no dar crédito a supercherías racistas del tipo «así son todos»—.

Y se observa lo mismo en el resto de concentraciones celebradas por todo el país. Unas celebraciones en las que grupos recién creados e integrados en su mayoría por hombres blancos —los Minutemen, los Patriotas, el Tea Party— invocan el espíritu de la Revolución americana con el fin de expresar su enfado actual con respecto a la inmigración, la sanidad o los impuestos. Los movimientos populistas proliferaron anteriormente en América —sobre todo en torno al último cambio de siglo—, haciendo gala de unas políticas igual de contradictorias que combinan el socialismo agrario y el nativismo racista. Por aquel entonces, el populismo aunaba el mismo sentimiento de rechazo hacia Wall Street y hacia los inmigrantes que muestra hoy; unidos, alimentaron la ira del sector agrario contra los «permisivos» burócratas del gobierno.

Los populismos son siempre contradictorios, pues consiste más en una emoción que en una ideología. Y esa emoción es la rabia.

COMPRENDER LA RABIA AMERICANA

¿De todas formas, a santo de qué se iban a cabrear los hombres blancos estadounidenses? A fin de cuentas, por el mero hecho de ser americanos, ya se cuentan entre las personas más pudientes de la Tierra. Representan, sin lugar a dudas, el colectivo más privilegiado ajeno a la aristocracia hereditaria. Para empezar, Estados Unidos es el país más rico del mundo y consume muchos más